

ESTA ES →

# PARTE UNO



*“No alcanza con dedicarme  
a mi arte: tengo que entregarle  
la vida. Así sé que vale algo”.*

*—Mila Henry, fragmento de una entrevista  
del Portland Press Herald, 1959*



# ese pesar se siente peor bajo el agua

Voy a aguantar la respiración para contarles lo que quiero decir: descubrí a la Chica que se Desvanece hace dos meses y dos días, poco después de que el verano empezara a salpicar todos los rincones con su sonrisa soleada y petulante. Estaba con Alan, como siempre. Nos habíamos caído en el agujero negro de YouTube, algo que hacíamos de vez en cuando. En general, odio YouTube, sobre todo porque Alan empieza diciendo: “Oye, quiero mostrarte *una cosa*”, pero inevitablemente una cosa se convierte en diecisiete cosas, y sin darme cuenta, termino viendo una nutria que usa una máquina expendedora, pensando: *¿En qué momento me fui a la mierda?* Miren, no soy inmune al encanto de la nutria, pero

llega un punto en que un hombre tiene que repensar todas las decisiones que ha tomado en la vida que lo llevaron a estar en un sillón, mirando una rata glorificada presionar H9 para obtener una bolsa de patatas fritas.

Tranquilo y con un poco de tristeza, pero de la verdadera, flotando por la piscina de los Rosa-Haas... Cómo me gusta estar aquí, carajo.

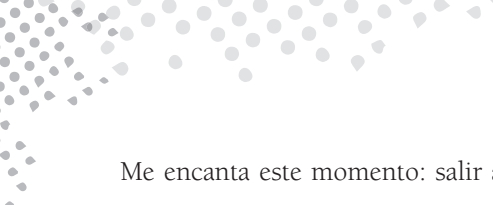
Me quedaría a vivir.

Voy a ser más preciso: el video de la Chica que se Desvanece es una compilación rápida de fotografías que dura poco más de doce minutos. Se llama *Un rostro, cuarenta años: Un estudio del proceso de envejecimiento*, y debajo tiene una leyenda que dice: “Autorretratos diarios tomados entre 1977 y 2015. Me cansé”. (Me encanta esa última parte, como si la Chica que se Desvanece considerara necesario explicar por qué no había llegado a completar los cuarenta años). Al principio, tendrá unos veintitantos, el cabello rubio, largo y resplandeciente, y los ojos brillantes como la salida del sol vista a través de una cascada. Llegando a la mitad, cambia la habitación, supongo que porque se habrá mudado, pero en el fondo, sus pertenencias son las mismas: una acuarela de un paisaje montañoso, una figura de porcelana de Chewbacca y elefantes por todos lados. Estatuas, carteles, camisetas... la Chica que se Desvanece estaba obsesionada con los elefantes, sin duda. Siempre está adentro, siempre sola, y –más allá de la mudanza y los distintos cortes de pelo– está igual en todas las fotografías: no sonrío, los ojos fijos en la cámara, *todos los días durante cuarenta años*.

Siempre igual, hasta: cambios.

Bueno, tengo que respirar.





Me encanta este momento: salir a la superficie, inhalar, el pelo mojado bajo el calor del sol.

–Vaya –dice Alan.

Este momento sería mejor si estuviera solo, la verdad.

–Eso fue un récord –observa Val–. ¿Estás bien?

Respiro profundo unas veces más, sonrío y...

Este momento me gusta más todavía: sumergirme en el agua. Hay algo de estar bajo el agua que me permite sentir mejor... el silencio y la ingravidez, creo.

Es lo que más me gusta de nadar.



Las primeras fotografías son Polaroids escaneadas, pero a medida que pasa el tiempo y mejora la resolución de las fotos, el resplandor de la Chica que se Desvanece empieza a disminuir: poco a poco, el cabello se hace más fino; poco a poco, los ojos se apagan; poco a poco, el rostro se marchita, la piel se pone mustia, la cascada joven y brillante pasa a ser un estanque oscuro, otra víctima del pozo ciego del envejecimiento. Más que entristecerme, me deja como una impresión de tristeza, como si viera una piedra que se hunde en el agua pero nunca toca el fondo.

*Todos los días durante cuarenta años.*

He visto el video cientos de veces: por la noche antes de dormir, por la mañana antes de ir a la escuela, en la biblioteca durante el almuerzo, en mi teléfono mientras estoy en clase, en mi mente en los intermedios, tarareo “la chica que se Desvanece” una y otra vez como si fuera una canción, y cada vez que termina juro que nunca voy a volver a verlo. Pero como el búmeran humano más triste, siempre vuelvo.

Doce minutos mirando la pantalla y viendo morir a una persona. No es violento. No es inmoral ni vergonzoso; a ella no le hacen nada que no nos vaya a pasar a todos nosotros. Se llama *Un estudio del proceso de envejecimiento*, pero para mí eso es mentira. Esa chica no envejece; se desvanece, desaparece. Y no puedo dejar de mirarla.

Ahí está, el inevitable golpecito en el hombro.

Es hora de unirme a los que respiran.